Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

95 **La Doctrina Francesa, el Ejército Argentino y las guerrillas en América latina**



Suplemento especial de
Página|12

Marie-Monique Rubin: ¿Y la información? ¿Cómo se obtenía?
Paul Aussaresses (Héroe de la Resistencia Francesa): Esa era la tarea de inteligencia. Sacarle al prisionero todo lo que sabía.
Marie-Monique Rubin: ¿Y cómo conseguían eso? ¿Con la tortura?
Paul Aussaresses: Pero, ¡qué pregunta! ¡Con la tortura, claro!

Marie-Monique Rubin: ¿Y ustedes aprendieron con los franceses?
López Aufranc: Absolutamente. Los norteamericanos no sabían nada de guerra antisubversiva. Los franceses habían practicado esos medios en Indochina y en Argelia. Yo fui su primer contacto. Los pusimos en la Escuela de Guerra. ¡Los norteamericanos estaban celosos! (Ríe francamente. Ni con cinismo siquiera. La cuestión le divierte. Y eso que el Zorro de Magdalena era muy irónico.)

General Bignone: Y los hacíamos trabajar, ¿eh? Tenían que ganarse su dinero.

López Aufranc: El mejor era Aussaresses. Aunque Trinquet había escrito el libro de la contrainsurgencia. Aprendimos mucho. Practicamos mucho (sonríe satisfecho). ¿Sabe algo? Con la sangre se aprende mucho.

Ramón Genaro Díaz Bessone: Bueno, por lo menos no me tuvo que torturar para que le dijera todo lo que le dije.

LA LEGITIMIDAD DE LA RESISTENCIA A LA TIRANÍA

La amnistía de los presos políticos toma una importancia que la sobrepone a otros temas del momento. Sin más, los militares del Proceso la utilizaron para justificar la matanza. Lo vimos: ¿cómo no íbamos a matarlos a todos, cómo podíamos arriesgarnos a que otro gobierno constitucional viniera e indultara a los que nosotros queríamos fusilar? En suma, *matamos porque hubo ley de amnistía*. En suma, *esa ley de amnistía justifica nuestra matanza.* No podíamos arriesgarnos otra vez. Repasemos a fondo este tema: el llamado *Devotazo*. La situación: 40.000 manifestantes de todo el país rodean el penal de Villa Devoto y piden la excarcelación de los combatientes. *El tío Presidente/ Libertad a los combatientes.*

Pregunta de Ernesto Jauretche:

Para responder a otro eslogan, a otra leyenda: ¿de qué manera el gobierno de Cámpora tomó la decisión de poner en libertad a todos los presos políticos el mismo 25 mayo de 1973?

Juan Manuel Abal Medina

”Más que desde el gobierno lo puedo definir desde el Movimiento. Yo no ocupaba ningún cargo público, era secretario del Movimiento. Ese 25 de mayo todo se precipitó a un ritmo imposible. Sobre ese asunto yo le comenté al doctor Cámpora que veía difícil demorar las definiciones hasta el momento en que se aprobara la ley de amnistía, como estaba previsto. Me parecía un imposible político; era muy peligroso. Estábamos hablando de miles de presos por todo el país en una situación política terriblemente fluida... Y allí perdimos contacto con el doctor Cámpora durante las tres o las cuatro horas siguientes porque el protocolo lo bloqueó (...). Entonces tuve que definirme ahí mismo, definir las cosas un poco por mi cuenta.

“Sabía que en Devoto este tema se vivía de una manera explosiva. Julio Mera estaba informándome, y me dijo que la situación era insostenible, que podía haber violencia en cualquier momento. Por este motivo me fui hasta allí. Cuando llegué a Villa Devoto ya el problema se había extendido, porque había más de 3000 presos comunes fuera de sus celdas y de sus zonas. Incluso muchos de ellos estaban bastante drogados y alcoholizados. Indudablemente que eso amenazaba convertirse en un desastre el primer día de gobierno. Y allí realmente... bajo mi responsabilidad, acompañado de tres diputados (Julio Mera, Santiago Díaz Ortiz y creo Diego Muñiz Barreto), ordené al director de la cárcel que abriera las puertas y soltara a la gente.

“Esto no tenía, obviamente, legalidad, pero sí teníamos el poder político para hacerlo, y creo que en el momento con esa situación se evitó un hecho más grave. Esto ha sido muy criticado después; pero yo no veo qué otra solución podría haber tenido la situación que se había creado. Se llegaba a la violencia en cualquier momento. Sobre todo porque había una columna del ERP, sumamente agresiva y armada, justo en la puerta del penal. En ese sentido esto no tenía otra solución. *Pero, por otra parte, nosotros habíamos hecho una consigna de campaña aprobada por el general que decía: ‘Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos’.* Y bueno, debíamos cumplir.

“*El doctor Cámpora actuó a la altura de las circunstancias. Podría haberse sentido molesto de que yo hubiera adoptado esa actitud. No hubo absolutamente nada de eso. Al contrario.* En la noche, ya muy tarde, se instrumentó el indulto que informó el Presidente, para que al día siguiente salieran los presos de las demás cárceles.”

Pregunta de Ernesto Jauretche

Hubo una amnistía general votada por unanimidad en el Parlamento, ¿no?

Juan Manuel Abal Medina

“Eso lo manejó el doctor Cámpora directamente con el doctor Righi. A los de Villa Devoto yo los largué, esto siempre lo he dicho y no tengo problema en reiterarlo” (Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit. pp. 192/193. Las cursivas en la respuesta de Abal Medina me pertenecen).

Los que hicieron de esta medida un motivo central para la masacre fueron los militares de la Seguridad Nacional. Díaz Bessone –que es un ideólogo que sabe pelear– argumenta algo que hoy anda dando vueltas en algún libro que acaba de salir. Al eliminar la Cámara Federal en lo Penal que había permitido juzgar y condenar a los guerrilleros, se impedía recurrir a ella en el futuro. Díaz Bessone encuentra en las palabras que el senador Martiarena pronunció en las muy calientes sesiones del Congreso de la Nación del 26 y 27 de mayo de 1973 la justificación para evitar en el futuro todo intento de legalidad en la lucha contra la guerrilla: “Sigue el senador Martiarena: ‘Qué vamos a decir de esto si además debemos recordar toda clase de persecuciones desatadas contra nuestros combatientes. Digo, sí, contra nuestros combatientes no para usar expresiones que puedan soliviantar los ánimos, pues los combatientes han sido no solamente los que han empuñado un arma sino la legión de argentinos que hemos estado 18 años en la resistencia’”.

“El senador Martiarena llamó a la Cámara Federal en lo Penal ‘la cámara del terror’, y al régimen carcelario establecido para los guerrilleros, considerados de *extrema peligrosidad*, lo calificó como *otro de los inventos nefastos del régimen*.” Dijo también que la ley de amnistía era “*dictada precisamente para proteger a quienes han sido víctimas del uso abusivo del poder...*” (Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria...*, ed. cit., pp. 166/167. Las cursivas le pertenecen al general).

Díaz Bessone se considera y es considerado el ideólogo del Proceso de Reorganización Nacional. Sin duda, es de los pocos que ha escrito sobre esos temas y con una convicción que sólo puede surgir de un gran fanatismo por una causa que, a su vez, reclama un desdén superlativo por la vida humana. Digámoslo ya: el general Díaz Bessone (que había sido indultado por Menem) fue detenido en julio de 2004 por participar en crímenes cometidos bajo el macabro marco del llamado *Plan Cóndor*. Al año siguiente (en abril de 2005), la Justicia argentina lo procesó *por 38 delitos de privación ilegítima de la libertad con el añadido de tormentos. Y por 15 casos de desaparición forzada de personas.* ¿Qué se puede decir? ¿Que otra cosa hubiera sido si la Cámara Federal en lo Penal hubiera tenido entonces vigencia? ¿Que no la podía tener porque los congresales de mayo de 1973 la consideraron inútil al liberar a los guerrilleros condenados por su mediación? ¿Que los mismos que concedieron la Ley de Amnistía condenaron a todos los atrapados por las garras del Proceso a la clandestinidad de los campos, a la tortura y a la desaparición por haber eliminado la Cámara que instauró Lanusse? ¿Qué les impedía ponerla de nuevo? ¡*Si hasta el mismo Lanusse se lo pidió a Videla*! ¡Procedimientos a la luz del día, señores! ¡Procedimientos por derecha, legales! Es cierto que Martiarena llama “Cámara del Terror” a la de Lanusse, ¿y con eso qué? Era sólo una expresión al calor de los hechos de 1973. En ese momento –para muchos– era eso. No habían llegado aún los Díaz Bessone. Que en serio instalaron las “cámaras del terror”.

El general-desaparecedor, el general experto en tareas de inteligencia, o sea: experto en torturas, en un artículo publicado en el diario *La Prensa* el 8 de agosto de 1989, titulado “*La ley de amnistía de 1973”*, enumera todos los hechos protagonizados por las organizaciones armadas hasta el 25 de mayo de 1973. Y concluye: esto es lo que se amnistió. Cita frases de todo tipo de políticos. Algunos conocidos agentes de la subversión como el entonces senador Fernando de la Rúa dijeron: “*Es auspicioso que el primer acto que realizamos sea para restablecer el pleno ámbito de la libertad en la Argentina y para contribuir a la pacificación nacional. La Unión Cívica Radical, coincidiendo con ese espíritu, ha presentado un proyecto de amnistía amplio y generoso que contempla todos los delitos políticos y los comunes y militares conexos, incluso las faltas cometidas por iguales motivos*” (Citado con furia por Díaz Bessone en *Guerra revolucionaria*, etc., ed. cit., p. 168). Y Díaz Bessone –iracundo– sigue citando a De la Rúa porque sus palabras le parecen aberrantes. A nosotros, increíbles. Pero a él: demoníacas. Sigamos escuchando al compañero De la Rúa de mayo de 1973 (¡lo que logra el clima de una época con las personas: hasta De la Rúa era inteligente y la veía clara y con un corazón abierto, generoso, que se le fue achicando, arrugando patéticamente con los años!): “Un régimen (la ‘Revolución Argentina’) que estableció la violencia como sistema, que despreció la significación de los partidos políticos, despreció el significado y la trascendencia de la no violencia, *sólo pudo recoger violencia, tal vez por aquello de que quien siembra vientos recoge tempestades*”. Aquí, Díaz Bessone dice que De la Rúa se hace cargo de esa frase nefasta: *La violencia de arriba genera la violencia de abajo*. ¡Mírenlo al Chupete, miren el temple que tenía! Después dicen que la Ley de Amnistía fue obra de la subversión. ¡Vamos! Si hasta el Chupete De la Rúa la defendió con entusiasmo exhibiendo ese coraje ante las situaciones difíciles que habría de asomar nuevamente durante las difíciles jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando dicta el Estado de sitio, mirando a cámara y sacándose los lentes lo dicta, al Estado de sitio, ¿no?, ese que seguramente le escribió su hijo Antonito, que le escribía todo, que casi gobernaba en lugar suyo, ese pibe que se levantó a Shakira y llenó de oro a toda la familia, a la madre de los pesebres, al opa de Aíto, y al recio De la Rúa que, además de dictar el Estado de sitio ordenó tal dureza a la policía para detener a las masas que invadían la Plaza de Mayo, que los canas, siempre eficaces cuando de cumplir ese tipo de órdenes se trata, dejaron cerca de 30 muertos por ahí, o acaso fue Antonito el que le dijo al Viejo “¡Deciles que los revienten, viejo! ¿Qué mierda se creen esos grasas?”, y los canas hicieron fuego a mansalva, y el radicalismo, ese partido republicano, democrático, ferviente defensor de las Instituciones, se va del Gobierno dejando más de 30 muertos, y –créase o no–, mientras la masacre ocurría, mientras los canas de a caballo perseguían a los gronchos a palazos y a tiros, alguien, que miraba la escena desde un segundo piso, se agarraba desesperado la cabeza y exclamaba, probablemente con un dolor hondísimo ante tanta violencia, ante tantos muertos: “¡Dios mío, esto es el fin del Partido!”. Era el doctor Alfonsín, que había dejado muy atrás al del Juicio a las Juntas, al de la campaña electoral, ésa en que juró que iba a derogar la ley de autoamnistía de los militares y lo hizo. Ahora no. Lean los diarios de ese día. La noticia está ahí. Este hombre que fue cínicamente endiosado al morir para sacar más votos en una elección, se apiadaba más de la suerte de su partido que de los jóvenes entregados a la muerte por la torpeza, la estupidez y la maldad boba de De la Rúa o por la impune furia racista de su hijo rocker, por su cólera de pendejo creído, ignorante pero perverso. A todos los va a salvar Shakira. Porque el pueblo argentino es tan pelotudo que la mina del ombligo que se mueve al ritmo del Oriente Lejano y del Caribe latino viene a la Argentina y, en lugar de reputearla porque es la cómplice del pibe de De la Rúa, que era su mandamás, que posiblemente tuvo mucho que ver con las órdenes que se le dieron a la cana, las órdenes que segaron treinta vidas, se matan para comprar entradas, para ir a su recital, para vivarla, adorarla, endiosarla. Ma sí, hay que joderse. Por lo menos hagan algo con el opa presidente, algo: meterlo en cana, por ejemplo. Treinta muertos. Estos radicales tienen cada cosa. Consiguen lo increíble: Yrigoyen, la Semana Trágica y la Patagonia Trágica, miles de muertos. Frondizi, el Conintes. De la Rúa: 30 muertos sólo para despedirse. Pero los asesinos son los peronistas porque mataron a Ingalinella. O porque la Triple A mató cerca de dos mil... peronistas. ¿No es llamativo? ¿Me fui a los caños? Me pasa a menudo. A algunos les gusta. A otros no. La vida es así. Nunca pretendas que te quieran todos. Menos darles el gusto.



Pero no sólo fue el joven De la Rúa quien defendió la Ley de Amnistía esa noche en el Congreso. Fueron muchos. Y no fueron montoneros, ni siquiera peronistas. Fueron radicales. Contagiados por los vientos de la época. Hipólito Solari Yrigoyen dijo: “Son los que oprimen los que engendran la coacción; son los que explotan los que odian, los que tiranizan, los que abusan de la fuerza. *El grupo opresor teje toda una red con los hilos de la violencia*. (*Nota*: Parece que para toda esta gente, gente valiosa, honesta, la violencia no empezó con el secuestro

y la muerte de Aramburu, como pretende la derecha, como en tantos artículos ha intentado demostrar –es un ejemplo nomás– un José Claudio Escribano, un Mariano Grondona o posiblemente un Morales Solá y, hoy, dadas las condiciones de servilismo laboral que vive el periodismo, cualquiera a quien le ordenen decir algo así para demostrar que la culpa de todos la tienen los Montoneros, que, para colmo, nos gobiernan, ¿o alguien ignora que –lamentablemente y ojalá pase pronto– vivimos tiempos así?). La policía y las Fuerzas Armadas se ponen a su servicio –sigue Solari Yrigoyen–. Los medios de comunicación colectiva se censuran o autocensuran (...). No cabe duda alguna, entonces, de que esta violencia que califica la vida moderna es el resultado de una sociedad injusta en la que unos seres humanos oprimen a otros" (Hipólito Solari Yrigoyen citado rabiosamente por Díaz Bessone en *Guerra revolucionaria*..., ed. cit. p. 169). El testimonio es de gran claridad. Solari Yrigoyen no era peronista. Era radical. Pero era un hombre honesto. No fueron sólo los jóvenes peronistas, lejos estuvo de ser solamente la izquierda peronista la que justifica la Ley de Amnistía o la que interpretó que los tiempos de violencia e ilegitimidad que se habían vivido eran la causa de la violencia. Sigamos con Solari Yrigoyen: "Nosotros discrepamos con la posición de los teóricos de la violencia revolucionaria que, desde Sorel a Fanon, la indican como el único medio para oponerse a un orden social congelado por minorías que no admiten ningún traspaso de poder; pero aquí hay que ser claros en poner al descubierto, así, descaradamente, que en el ciclo que ayer concluyó *la principal fuente de violencia provenía de las minorías que no aceptaron de modo alguno coartar sus privilegios*" (Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria*..., ed. cit., p. 170). Carlos H. Perette, el que había sido vicepresidente de Illia, el que en vez de lento y tortuga era agredido como picaflor y mujeriego y amigo de la noche, fue tan preciso como sus colegas, radicales todos: "¡Cómo no hemos de comprender las justas rebeldías frente a las injusticias y la violencia contra la violencia!". Los diputados y senadores hacían girar sus discursos sobre *la legitimidad de la resistencia a la tiranía*. Esto es algo aceptado en todos los códigos del mundo. Donde hay tiranía, donde hay cercenamiento de las libertades, surge la resistencia a ese poder omnímodo e ilegal. Nos hemos esforzado –como una de las principales tareas de este libro– por mostrar que todo lo que se hizo entre 1955 y 1973 fue ilegal y autoritario si lo hizo el poder. Fue libertario, un justificado gesto de rebelión contra la tiranía si lo hizo el contrapoder. La derecha de este país sigue pensando que los regímenes que se sucedieron negando la participación en la democracia del movimiento político mayoritario y su líder fueron legales. Tuvieron el derecho de legislar, de prohibir, de encarcelar, de torturar y de matar. Insistimos: *Todo lo que hicieron fue anticonstitucional.* Incluso el venerado "viejito" Illia (se estrena durante estos días una obra de teatro, con el formidable Arturo Bonín que le dará al "viejito" un aura conmovedora, con el previsible título de *Un hombre bueno*) fue anticonstitucional. Su grandeza habría radicado en negarse a participar en elecciones proscriptivas. Todas estas cosas que hemos dicho reiteradamente fueron manifestadas por los senadores y los diputados en las fogosas sesiones de mayo de 1973. ¡Es tan evidente todo! Es tan evidente también que una generación *fue arrojada a la violencia* por el estado de tiranía, de cerrazón de posibilidades, de prohibiciones agobiantes que un régimen dilatado, interminable imponía a todos, que sólo los envenenados dinosaurios, los recalcitrantes derechistas de este país con alma fascista pueden negar. El doctor Perette –de quien nadie espera nada especial, que es sólo un político más, pero no un carnicero lleno de odio como Díaz Bessone, su prologuista Alberto Rodríguez Varela y la clase social violenta y soberbia que representa el diario en que el general de las desapariciones publica sus panfletos– es uno de los que mejor expresa la situación de *anormalidad institucional generadora de violencia* que se vivió al amparo del odio de clase, del odio gorila. De aquí que sea absurdo afirmar que la violencia empezó con el secuestro y la muerte de Aramburu. La violencia estaba instalada en el poder. Se gobernaba con la violencia porque se gobernaba desde la ilegalidad. Díaz Bessone, con la furia antediluviana, cavernícola, de los carniceros que no saben entender nada y sólo les resta el odio para expresarse, cita a Cámpora como si citara a Satanás. El día anterior –en su mensaje al Congreso de la Nación–, Cámpora había dicho: "En los momentos decisivos una juventud maravillosa supo responder a la violencia con la violencia y oponerse con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante". Para Díaz Bessone se trata de una *apología de la guerrilla* hecha en el Congreso de la Nación. En nombre de estas injurias luego hará desaparecer personas u ordenará torturarlas. Por suerte no puso sus garras sobre Cámpora. El día 26, también en el Congreso, el senador Saadi –hombre de futuro dilatado, contradictorio y escasamente transparente– se referirá al *Devotazo*. Dice: "Nadie ignora que anoche se produjo en Devoto un copamiento que significa en términos claros y concisos una segunda toma de la Bastilla (...). El Parlamento tiene la obligación de recoger el sentimiento del pueblo argentino y transformarlo en convención, como se hizo en la toma de la Bastilla". Como vemos, lo que para Díaz Bessone era la justificación de la absoluta necesariedad de la matanza, para el Saadi de mayo de 1973 era... la toma de la Bastilla. Luego viene Troccoli, el futuro ministro del Interior de Raúl Alfonsín. ¡Troccoli! Que dice: "Hemos propuesto el camino hacia la búsqueda del cambio por medios pacíficos, pero nos explicamos que frente a las frustraciones que se vienen sumando (...) otros hayan elegido la vía de la reacción violenta". Todos –o casi todos– expresaron su apoyo a la ley de amnistía, su comprensión de la violencia de los jóvenes ante la dictadura de Onganía y el retorno a un Estado democrático que permitiera un comienzo libre de ataduras con un pasado que se quería superar. Algunos fueron más allá en la justificación de la violencia. Horacio Sueldo se dio el lujo de teorizar con cierto vuelo. Su partido era la Alianza Popular Revolucionaria y buscaba el apoyo de las bases juveniles del peronismo. Dijo: "Cuando a nosotros nos preguntan: ¿Uds. quieren la transformación violenta o pacífica? Nuestra respuesta sencilla es: Queremos la transformación. Vale decir, queremos el fin, la meta. Lo demás es método variable, opción de cada momento, de cada coyuntura de la historia. La *violencia puede ser legítima, puede ser necesaria, puede ser ilegítima, puede ser monstruosa*. La violencia es insustituible para remover u obstruir, y hay ocasiones en que *no se tiene otro remedio que echar mano a la violencia*". Luego se pregunta por la posición cristiana. Que traduce como "bienaventurados los pacíficos". Pero la rechaza. No siempre se puede ser pacífico. No ante la injusticia. "La paz es el fruto de la justicia, y la justicia en este país y en otros (...) solamente resultará de una lucha por la transformación, por el cambio revolucionario". Semejante cambio reclama la violencia. Sin embargo, como buen socialista, como hombre que ha leído a Marx, termina diciendo: "Señor Presidente, la violencia sólo es legítima y eficaz, como condición ineludible, cuando es asumida por las masas, por las mayorías populares; de lo contrario, no tiene ni legitimidad ni eficacia". Incluso este severo postulado parecía haberse cumplido durante los años de resistencia al Estado proscriptivo: las masas o participaban de la violencia (Cordobazo) o la aprobaban (el caso de los festejos populares ante la ejecución de Aramburu es muy elocuente). Marx y Engels siempre se opusieron a la violencia terrorista. Con ironía, Engels le decía a Marx (en 19/12/1867) que descreía de la tontería de incendiar "una sastrería en Londres para liberar a Irlanda" (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*, ed. cit., p. 415).



"¿OTRO CASTRO EN AMÉRICA LATINA? ¡POR FAVOR!"

Vemos el apoyo de la clase política a la acción de la izquierda peronista y de los grupos armados durante los años de ilegalidad constitucional. Se dio –en ese período– una situación dislocada, una visión nefasta de la historia asumida por las clases dirigentes: ellos (el Estado antidemocrático) proscribían al peronismo porque era el enemigo de la democracia. La minoría prohibía a la mayoría en nombre de la legalidad institucional. Al ser –por esencia– profundamente autoritario y antidemocrático, el peronismo, aunque expresara a la mayoría de los habitantes del país y su líder fuera reclamado en la patria, era el enemigo de la democracia. Así, la tiranía (creyéndose la democracia) expulsaba de la polis a las mayorías en cuya expresión política e inclusión la democracia reside. Al ser atacada por la violencia de los que pugnaban por la legalidad, por el reconocimiento de las mayorías, la tiranía sentía que era la democracia la atacada por la subversión. La democracia, sin más, era ella. La tiranía era la democracia. Y la mayoría era la que adhería a un líder al que –justamente– se le decía "el tirano prófugo". ¿Cómo "el tirano prófugo" iba a representar la democracia? ¿Cómo iban a representarla quienes adherían al "tirano prófugo"?

Hemos visto con sumo detalle cómo se fue saliendo de esta situación. De todos modos, hoy (y tal vez hoy más que en otras oportunidades) se considera a la violencia del lado de los opositores a la tiranía y la ley, la racionalidad o la civilización del lado de los proscriptores. Esa interpretación de la historia costó muy cara y todavía está presente. Después de la Ley de Amnistía, Montoneros abandona las acciones armadas participando del gobierno de Cámpora y esperando a Perón. Es el ERP el que continúa con la violencia porque tenía su propia lógica de guerra: agredir al Estado burgués. Que era *todo*. De modo que siguió adelante. Lo que nadie sabía bien era hasta qué punto los militares de la seguridad nacional estaban preparados para reprimir a fondo cualquier violencia subversiva (marxista o populista) no bien se abrieran las condiciones políticas para hacerlo. No por otro motivo nos introduciremos por última vez en el film de Marie-Monique Rubin. Tenemos el propósito de aclarar todo lo que entonces se desconocía: la influencia poderosa de la contrainsurgencia francesa en nuestras Fuerzas Armadas y el verdadero poder de fuego y la sofisticada instrucción de los militares argentinos. Algo que se vio no bien se lanzaron a la lucha decisiva contra la guerrilla.

Marie-Monique empieza trazando un breve desarrollo histórico. Los años '60 y '70 fueron los años más negros de América latina. El 24 de marzo de 1976, cuando el general Videla toma el poder en la Argentina, todos los países del Cono Sur están ya bajo el dominio militar. Ejecuciones sumarias, torturas, desapariciones. Stroessner en Paraguay, Pinochet en Chile, todos ejercen una represión feroz en nombre de la lucha contra el comunismo. ¿Cómo se llegó a ello? Sin duda, la sombra de los Estados Unidos planea sobre las dictaduras latinoamericanas. La caída de Allende es casi un trabajo personal de Henry Kissinger. Lo respalda su presidente, ese viejo hombre del macartismo de los '50, el que siguió hasta la exasperación la guerra de Vietnam y la extendió a Camboya con desastrosos resultados, con innumerables pérdidas de vidas, masacres, torturas, bombardeos masivos. Es Richard Nixon. Tanto odiaba a Allende que no toleraba ni nombrarlo. Sólo le decía ese *Son of a bitch* (SOB). Ese "hijo de puta". Así nombraba el miserable de Nixon, asesino de guerra, a un hombre de estatura moral, de la integridad de Salvador Allende. Pero Estados Unidos no quería otra Cuba. En el documental de Patricio Guzmán sobre Allende se lo ve a Alexander Haig diciendo desdeñoso: "¿Otro Castro en América latina? ¡Por favor!". Se habían descuidado una vez. Nunca más. El hombre que llevaba el comando de estas acciones de contrainsurgencia de alta gravedad era Henry Kissinger, el más grande criminal de guerra viviente y en libertad. (*Nota*: Recomendamos ver el documental *The Trials of Henry Kissinger* (un film de Alex Gibney y Eugene Jarecki).

Cuando por fin se consigue llevarlo a un juzgado, cuando se consigue simbólicamente que ese día sea un 11 de septiembre, el año es 2001. Estallan las Torres Gemelas y la audiencia de interpelación a Kissinger se clausura. El, satisfecho, se larga a hablar de la presencia del Mal en Estados Unidos. Personaje execrable, estratega de mil batallas sanguinarias, el hombre que le dijo a la Junta argentina que mataran a todos los que tuvieran que matar pero "antes de Navidad", obsesivo luchador anticomunista que hasta se hizo tiempo para entrar con Videla al vestuario de Perú durante el Mundial del '78 y amedrentar al plantel, gustaba salir con bellas actrices de cine (Jill St. John y hasta Liv Ullmann) y llevar una vida suntuosa de playboy del poder. Pocos hombres –en rigor– tuvieron más poder. Era alemán. Era judío. Cuando Hitler trepa a la Cancillería del Reich tiene 10 años y vive en Alemania. Su familia se exilia cuando él es ya un adolescente. Pierde a 15 de los suyos en los campos de concentración. Y el pequeño judío que pudo morir en Auschwitz o en Treblinka, llega a Estados Unidos y se convierte en amo de la guerra. Se cuentan por millares y millares las vidas humanas segadas por su inteligencia demoníaca. Algo que todos los presidentes a quienes sirvió o a quienes gobernó le elogiaron. Nadie como Kissinger para ser sagaz, brillante, la expresión límite de la inteligencia humana al servicio de la destrucción. Contra este hombre y todo el poder de los Estados Unidos luchaban las guerrillas latinoamericanas. Y contra algo peor, contra una obstinación de acero: contra la decisión de no permitir el surgimiento de un solo Castro más.

PAPEL DE FRANCIA EN LA CONTRAINSURGENCIA EN AMÉRICA LATINA

Pero menos todavía se conoce el papel que jugó Francia en la contrainsurgencia latinoamericana. Sobre todo en la Argentina. Siempre finos nosotros, siempre franceses. El coronel Lacheroy, que tiene 96 años, es un personaje central para entender la importancia de Francia en las dictaduras de América latina. Hay que recordar el pasado de las guerras coloniales. Todo comenzó en 1951, durante la guerra de Indochina. Designado al mando de un regimiento, Lacheroy fue fascina-

do por la organización del Viet Minh, que tenía a raya a los más numerosos y mejor equipados franceses.

Coronel Charles Lacheroy: Llegué a Indochina y enseguida leí de punta a punta el *Libro rojo* de Mao Tse Tung. Fue el primero que me hizo comprender que lo que llamaban la retaguardia es más importante que la tropa y que antes de la tropa hay que ocuparse de la retaguardia. El enemigo que tenía enfrente en Indochina era hábil para servirse de la población. Era imposible llegar a un lugar sin que el enemigo lo supiera. En suma, la guerrilla anticolonialista en Indochina contaba con el apoyo total y combativo de la población. Detengámonos en un dato como el que citamos: *Los franceses no podían llegar a ningún sitio sin que el enemigo ya lo supiera.* Ese es el apoyo del pueblo. Es por eso que los vietnamitas ganaron sus guerras coloniales. Al leer una y otra vez el *Diario* del Che en Bolivia observamos el fenómeno contrario. Son los hombres del Che los que siempre corren el riesgo de llegar a un lugar y que el enemigo los esté esperando. En el resumen del mes de septiembre, el Comandante escribe: "La masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores". Asombrosamente, Paco Ignacio Taibo II, que ama al Guerrillero Heroico, da cuenta del siguiente diálogo (que no he encontrado en otra parte): el 18 de abril, los hombres del Che se cruzan con algunos campesinos.

–*Buenas noches.*

–Buenas noches, señor.

–*No se dice señor, los señores son aquellos que humillan y ultrajan a los pobres.*

–Es que a un desconocido por estos lugares se le dice caballero o señor (Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, México, Planeta-Joaquín Mortiz, 1996, p. 675). Queda tan desairado el guerrillero que debió pedirle disculpas al campesino: no sabía nada de las costumbres de las gentes del lugar. Importa lo siguiente: los militares franceses pierden la guerra por la población, por el apoyo que el pueblo les acerca a sus guerreros. La guerrilla del Che al revés. No saben nada de los hombres y las mujeres del lugar que han ido a liberar. Es la teoría del foco. La revolución la genera la vanguardia. El pueblo se irá sumando a ella. Pero, al menos en Bolivia, ni la vanguardia se ha ocupado de conocer al pueblo ni el pueblo conoce a la vanguardia.

Sigamos con Lacheroy. La gran batalla de Dien Bien Phu (uno de los hitos más gloriosos de la lucha de los hombres por liberarse de los opresores) duró cerca de 55 días y 55 noches, del 17 de marzo al 7 de mayo de 1954. "Los aviones B-52 de los Estados Unidos (atención a esto: la guerra contra el levantamiento anticolonialista le corresponde a Francia, pero no es sólo Francia la que la libra, también Estados Unidos, J. P. F.) bombardearon incesantemente el área, lanzando, inclusive, bombas de napalm para quemar la vegetación. Pero no consiguieron salvar a los franceses. Las fuerzas del Viet Minh, demostrando un enorme espíritu de sacrificio, determinación y voluntad de vencer, *contaron con el macizo respaldo de la población* y, a pesar de sufrir inmensas pérdidas, infligieron una fulminante derrota a los batallones y compañías del Corps Expéditionnaire" (Luis Alberto Bandeira, *La formación del imperio americano*, ed. cit. p. 170). Además tenían a su frente al general Vo Nguyen Giap, a quien William Colby, ex director de la CIA, consideraba un "genio militar" (Bandeira, ob. cit., p. 170). De pibe vi una película sobre la batalla de Dien Bien Phu. Terminaba con un soldado francés que, derrotado, triste, miraba la llanura llena de cadáveres y reflexionaba. "Julio César dijo una vez que los bravos guerreros que perdieron una batalla no fueron vencidos, fueron asesinados." Hábil transfiguración de los conceptos. Los vencedores no son vencedores, son asesinos. Los vencidos son víctimas. Los vencedores no tienen gloria alguna, ¿o la tienen los asesinos? Los vencidos son mártires. Qué hijos de puta. Cómo nos han mentido desde el inicio. Cómo nos siguen mintiendo.

Así se conoció la teoría de la guerra revolucionaria. Para Lacheroy, el Viet Minh era un agente del comunismo internacional que operaba bajo la máscara del independentismo. Su arma era el adoctrinamiento de la población. En consecuencia, en la guerra revolucionaria no hay más línea del frente porque el enemigo está en todas partes. Dien Bien Phu, para los franceses, es una humillación. Ex héroe de la Resistencia, el capitán Paul Aussaresses asiste al colapso.

General Aussaresses: La derrota fue un shock. La mayoría de los militares franceses descubrieron que había que extraer las lecciones de esa derrota para evitar la misma desilusión en Argelia.

¿VIO LA PELÍCULA "LA BATALLA DE ARGEL"?

Durante la guerra de Argelia el Estado Mayor del Ejército adhirió definitivamente a la doctrina de la guerra revolucionaria, llamada aún guerra subversiva. Su obsesión, cortar al Frente de Liberación Nacional de su retaguardia, es decir de la población. Para eso los franceses innovan. Cuatrocientos mil soldados son desplegados sobre el territorio argelino. Es la técnica de la cuadriculación, primera aplicación concreta de la teoría de Lacheroy. En enero de 1957, el ministro Robert Lacoste toma una decisión que tendría graves consecuencias. Delega el poder de policía en el coronel Massu, que comanda la X División de Paracaidistas. Objetivo: aniquilar a la organización político-militar del FLN, que multiplica los atentados terroristas en la capital argelina. Comienza así la Batalla de Argel, en la que los paracaidistas cercan [el barrio árabe] la Casbah para rastrear a los colocadores de bombas. Ya son los únicos que mandan. Su jefe es el coronel Marcel Bigeard, un ex resistente que ganó sus galones en Indochina.

Marie-Monique Rubin le pregunta: Usted dijo que al principio el rol de cana no le gustaba mucho...

Coronel Bigeard: Por supuesto, hubiera preferido enfrentar a combatientes. Está más en nuestra naturaleza que hacer un trabajo de cana. Pero lo aprendimos rápido, éramos paracaidistas.

–¿Por qué le llamaron la Batalla de Argel?

Paul Aussaresses: Era una acción para capturar personas armadas y matarlas.

Marie-Monique: ¿Vio la película *La batalla de Argel*?

Aussaresses: Sí. Es magnífica. Muy próxima a la verdad. No se puede hacer mejor, está muy bien interpretada.

–¿Quién es el coronel Mathieu de la película?

Aussaresses: Bigeard.

Y aquí aparece la que probablemente sea la escena fundamental de la película. ¿De dónde se documentó tan formidablemente Pontecorvo? No lo sabemos. Pero ahí está. Todos aprendieron de esa escena monumental. El actor que hace Mathieu interpreta (impecablemente) a Bigeard. Su descripción de la estructura de una organización guerrillero-subversiva ha entrado definitivamente en la historia del cine político.

Dice Bigeard (Coronel Mathieu, que entre paréntesis es el nombre del personaje de *Los caminos de la libertad,* la trilogía novelística de Sartre, lo más flojo de su producción, de esa producción genial, que no encontró aquí uno de sus puntos altos). Lo remarcable es que Sartre fue uno de los más tenaces enemigos de la guerra en Argelia. Y que Mathieu lo menciona. Sospechamos que se trata de un homenaje de Pontecorvo:

Mathieu: ¿Alguna novedad de París?

Periodista: Salió otra nota de Sartre.

Mathieu: Me pregunto: ¿por qué los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?

Periodista: ¿Eso quiere decir que lo admira, coronel?

Mathieu: No sé. Pero me gustaría tenerlo de mi lado.

Cuando Mathieu pregunta por qué Sartre está en la vereda de enfrente, Eduardo Grüner le habría respondido:

–Porque ser Sartre es estar en la vereda de enfrente.

Es una gran definición del más grande filósofo del siglo XX. No del más importante. El más importante –abrumadoramente se sabe– es Herr Heidegger. Que de Argelia ni se enteró.

Luego Mathieu-Bigeard se reúne con los suyos. Tiene una tiza y un pizarrón. A lo Zubeldía. El fútbol es también una batalla, con tácticas y estrategias. Y Zubeldía sabía mucho de eso. Y tenía la maldad suficiente para vencer, para herir, lastimar, humillar donde dolía. Como dice Perfumo: para jugar al fútbol hay que ser malo. Para hacer la guerra, peor.

Mathieu-Bigeard –en una escena absolutamente antológica del cine político– describe la *organización piramidal* de la guerrilla:

–Es una organización piramidal compuesta por una serie de secciones. Cada militante sólo conoce a tres miembros como máximo. Su responsable, que lo eligió a él, y sus dos subordinados, que él mismo elige. Debemos realizar las investigaciones necesarias para reconstruir toda la pirámide para llegar al Estado Mayor. La base de este trabajo es la inteligencia. El método es el interrogatorio. Y el interrogatorio se convierte en un método cuando se ejecuta de modo de obtener siempre una respuesta. La Inteligencia. Todas las tardes a las seis se reunían los capitanes en mi oficina, cinco comandantes de unidades. Para llegar al jefe había que seguir el hilo hacia arriba y dibujábamos el organigrama en el pizarrón. Como resultado, obteníamos la información e íbamos a donde estaba el tipo.

Aussaresses: Había que quebrar la capacidad del FLN para cometer atentados y para eso era necesario obtener información, a cualquier precio.

Marie-Monique Rubin (fingiendo su ingenuidad): ¿Para ustedes eso incluía el uso de la tortura?

Aussaresses (más divertido que indignado. Como si dijera: ¡estas tontas mujeres nunca entienden el duro mundo de los hombres! Menos el de los militares. Menos el de la guerra): ¡Qué pregunta! ¡Pero, qué pregunta! Incluía la tortura, claro.

Bigeard: Yo di la orden: ustedes deben actuar en forma contundente contra los que colocaban las bombas, interrogarlos duramente, no sacarles los ojos ni cortarles las orejas pero aplicarles la picana, electrodos para pasarles corriente eléctrica. La llamábamos "la gehgene". No lo hice yo sino los hombres a mis órdenes, pero como jefe del regimiento yo soy el responsable.

Aussaresses: Los escuadrones de la muerte eran suboficiales que Massu puso a mi disposición, cuyo número y nombre no revelaré nunca. Recorría toda la noche los regimientos preguntando a sus jefes y a los oficiales de informaciones qué habían hecho y qué habían conseguido. Cuando teníamos a un tipo que ponía una bomba lo apretábamos para que diera toda la información. Una vez que había contado todo lo que sabía, terminábamos con él. Ya no sentiría nada. Lo hacíamos desaparecer.

Sin duda, pero hasta que "terminaban con él", el padecimiento era enorme. Hay un testimonio. Imposible no citarlo, aunque sea brevemente y aunque sea bastante conocido. Marie-Monique no acude a él. Lo haremos lateralmente. Es el de Henri Alleg, comunista, ex director del periódico *Algier Républicain*. Escribió un libro: *La tortura*. Por supuesto: lleva *Prólogo* de Jean-Paul Sartre.

"Delante de mí se hallaba un mayor de 'paras' con uniforme camuflado y boina azul. Era alto, encorvado y extremadamente flaco.

"¿Usted es periodista? Entonces debe comprender que queremos estar informados. Tendrá que informarnos. ¿No querés hablar todavía? Ya sabés que iremos hasta el final.

"Yo estaba apoyado contra la pared frente a la puerta. Entraron, encendieron la luz y se instalaron en semicírculo alrededor mío.

"Me desabrocharon el pantalón, me bajaron los calzoncillos y me colgaron los electrodos de ambos lados de la ingle (...). Yo gritaba sólo al principio de la descarga y a cada aumento de la corriente. Mientras proseguía el suplicio se oía un altoparlante vociferando canciones en boga (...). Luego, de un solo golpe, al darle al magneto todo el volumen, la corriente me descauterizó de nuevo. Para librarme de esas caídas bruscas y nuevas ascensiones agudas hasta la cúspide del suplicio, con todas mis fuerzas comencé a golpearme la cabeza contra el suelo.

"–No tratés de matarte. No lo lograrás.

"No contesté.

"–¡Dios mío! –exclamó. Y me abofeteó con todas sus fuerzas–. ¿De qué te sirve todo esto? No querés decir nada. Entonces vamos a agarrar a tu mujer. ¿Creés que aguantará ella?

"Se inclinó hacia mí:

"–¿Creés que tus hijos están a salvo porque están en Francia? Los haremos venir cuando se nos dé la gana" (Henri Alleg, *La tortura*, Prefacio de Jean-Paul Sartre, Ediciones Del Pórtico, Buenos Aires, 1958, pp. 73/80).

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Navarro

PRÓXIMO DOMINGO

"El viejo nos cagó, compañeros"